

Reseñas

Carlos Marichal, *La bancarota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, con la colaboración de Carlos Rodríguez Venegas, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fideicomiso Historia de las Américas, México, 1999, 368 pp.

La bancarota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español —título que tiene, sin duda, una gran fuerza evocadora— parte de uno de los debates más interesantes de la historiografía económica actual: la caracterización de la economía del México borbónico. Carlos Marichal expone en su introducción de modo muy claro y sintético la cuestión que se discute al señalar que, frente al enfoque clásico que subrayó la riqueza de Nueva España elaborado a partir de las obras de autores como Alexander von Humboldt y Lucas Alamán, gracias a estudios recientes como los de Enrique Florescano, Eric Van Young, Richard Garner y Manuel Miño, han surgido nuevas versiones que han puesto en entredicho esa prosperidad al poner de manifiesto la existencia de enormes y lacerantes conflictos económicos y sociales en la última Nueva España, de

modo que la imagen que hoy en día tenemos sobre el final de la etapa colonial es la de un claroscuro de intensos matices que muestra una gran riqueza combinada con pobreza extrema.

Dentro de este debate general sobre la economía borbónica, Marichal desde luego inserta su estudio en debates específicos. Uno de ellos es el de las causas del incremento fiscal ordinario registrado en la segunda mitad del siglo XVIII, acerca de que se discute si se debió al crecimiento general de la economía o más bien a la intensificación de la presión recaudatoria. Pero la cuestión central que aborda Marichal y que constituye la columna vertebral de su estudio está en el ámbito de la fiscalidad extraordinaria y es el creciente endeudamiento al que se vio sometido el gobierno de Nueva España para remediar el déficit de la tesorería central de Madrid. Marichal aborda los préstamos y donativos forzosos que el virreinato tuvo que entregar a la corona española, analizándolos a partir de un nuevo enfoque que otorga a los estudios coloniales una dimensión extraordinaria. Este estudio está centrado efectivamente en Nueva España, pero ésta está concebida en su di-

mención imperial. Es decir, para entender cabalmente la naturaleza del endeudamiento que sufrió el virreinato y la crisis financiera que esto generó, Marichal ha demostrado que es indispensable entender que Nueva España formaba parte de un enorme imperio que abarcaba tres continentes y que el virreinato era una especie de submetrópoli para las colonias del hemisferio septentrional. Se trata, pues, de considerar a España y sus colonias como todo un sistema entendido desde una nueva perspectiva, la de un *Estado imperial* que, me atrevo a decir, será muy fructífera, no sólo para comprender mejor las relaciones financieras del imperio, como lo ha demostrado Marichal con este magnífico libro, sino para entender más profundamente otros asuntos, no sólo económicos, sino políticos y sociales también.

Gracias a esta amplia dimensión imperial que maneja, Marichal logra poner al descubierto la importancia de las relaciones fiscales y financieras en tres niveles: 1) en el interior de la administración virreinal; 2) entre Nueva España y la metrópoli (y de ésta a otros centros europeos), y 3) entre el virreinato y otras colonias españolas (sin faltar algunos territorios extranjeros). Este análisis de la maquinaria fiscal imperial muestra la cantidad de flujos de dinero que salieron de Nueva España hacia otras colonias y a España, y explica la creciente demanda de recursos, el incremento de la presión fiscal y la intensificación del proceso de subordinación que sufrió Nueva España en las últimas décadas del siglo XVIII, revelado muy claramente por el aumento de las deudas asumidas por el gobierno novohispano para cubrir los gastos militares y financieros de España. En suma, Marichal demuestra que la bancarrota del virreinato

se produjo no tanto por los desajustes de la economía interna, sino sobre todo por la extracción de capitales de Nueva España para remediar el creciente déficit financiero metropolitano causado por el aumento vertiginoso en los gastos de las guerras en contra de Gran Bretaña, primero, y de Francia después.

Otro de los argumentos esenciales manejados por Marichal es el de la dependencia que tiene un sistema político respecto de su solvencia fiscal y financiera, el cual ha sido manejado para analizar con muy buen éxito los casos de Gran Bretaña y Francia, pero no así para el del tercer gran Estado imperial de la época: el español. En este sentido, Marichal propone que el español pudo ser un modelo esencialmente distinto de Estado imperial por la complejidad estructural de su maquinaria fiscal y la eficacia con la que extrajo los recursos fiscales y financieros de sus colonias. Mientras que Gran Bretaña y Francia sostuvieron las administraciones civiles y militares de sus colonias mediante los ingresos fiscales recaudados en las propias metrópolis, a costa incluso de la generación de importantes deudas públicas, España consiguió el efecto contrario: que sus colonias sostuvieran no sólo sus propios gastos administrativos sino también los de la metrópoli, endeudándose hasta la bancarrota para remediar el déficit fiscal metropolitano. En cambio, en el ámbito del comercio entre particulares, el rendimiento de las utilidades generadas por las transacciones que se realizaban entre las colonias y las metrópolis fue mayor en los imperios británico y francés que en el español.

La obra consta de ocho capítulos, además de la introducción en la que el autor expone con una enorme claridad todo el

andamiaje conceptual de su trabajo, y de tres extensos apéndices, dos sobre los ingresos de varios ramos fiscales de Nueva España y España y un tercero en el que detalla año con año el monto y la naturaleza de los donativos y préstamos que Nueva España dio a la corona española, el cual es por sí una aportación extraordinaria a la historiografía económica colonial pues, por vez primera, se reúnen sintéticamente todos los donativos y préstamos novohispanos.

En el capítulo primero se expone la complejidad estructural de la maquinaria fiscal del imperio español y se demuestra la enorme red de transferencias fiscales que partieron de Nueva España para sostener la administración del Gran Caribe (en virtud de las cuales actuó como una submetrópoli en la América septentrional) y para contribuir al mantenimiento de la tesorería central de España. En el segundo capítulo se analiza la política fiscal que se tuvo que implantar en Nueva España a partir de los años sesenta del XVIII para lograr recaudar el dinero suficiente para cubrir los crecientes compromisos financieros internos y externos impuestos al virreinato. Hacia 1790, cuando los ingresos ordinarios resultaron insuficientes, la administración novohispana tuvo que recurrir a los préstamos y donativos. Este proceso de endeudamiento del gobierno colonial es estudiado en el capítulo tercero, en el que se expone la naturaleza del sistema financiero novohispano, en el que convivieron simultáneamente instrumentos arcaicos y modernos, convivencia explicable en virtud de dos principios contradictorios que permitieron el funcionamiento del régimen colonial: la coacción y la colaboración, aplicados de manera diferenciada a cada sector

social. En el cuarto capítulo se analizan específicamente las aportaciones hechas por la Iglesia, el sector social que realizó mayores aportaciones a través de las distintas corporaciones que lo formaban y mediante mecanismos diversos, incluyendo la medida extrema aplicada en Nueva España entre 1804 y 1808 conocida como la Consolidación de Vales Reales. En el quinto capítulo se analiza el destino de los préstamos y donativos aportados por el virreinato durante las guerras napoleónicas. Aquí comienza a develarse el enorme impacto que tuvieron las finanzas de Nueva España a nivel internacional, pues se descubre que el destino final de los caudales recaudados en teoría para la Consolidación de Vales Reales, fueron realmente destinados a pagar el subsidio exigido a España por Napoleón para hacer frente a la guerra contra Inglaterra. En esa vorágine provocada por las guerras internacionales, ante los bloqueos impuestos por Gran Bretaña al tránsito de los barcos españoles, la corona española tuvo que recurrir a consorcios mercantiles internacionales para mantener sus relaciones atlánticas e impedir que se suspendieran los flujos de plata y mercancías. Los contratos celebrados con uno de los más importantes de esos consorcios, la casa comercial Gordon y Murphy, son el tema del capítulo sexto, en el que se demuestra la importancia de las transferencias de plata y mercancías pertenecientes a la Real Hacienda que realizó esa compañía. Es importante hacer notar, como señala Marichal, que si bien estas transacciones se realizaron en el contexto del comercio neutral, no deben confundirse con las operaciones de comercio efectuadas entre particulares, pues aquéllas implicaban el dinero y los productos (básicamente el papel

y el azogue) pertenecientes al gobierno español. En el capítulo siete se estudia el impacto que tuvo la invasión francesa en España durante los años de 1808 a 1811 en el sistema financiero novohispano, demostrándose que el virreinato sostuvo en gran parte el esfuerzo de la resistencia española, primero como soporte financiero de la Regencia en Sevilla y, más adelante, de las Cortes de Cádiz. Por último, en el octavo capítulo, se expone la crisis que llevaría al imperio español a la bancarrota definitiva, producida al coincidir la quiebra fiscal de la Real Hacienda —abatida por la presión de los gastos bélicos, el endeudamiento y la desarticulación fiscal— con las guerras por la independencia novohispana. Al quedar ambas orillas del Atlántico sumidas en las crisis fiscal y política, la desintegración del imperio español era ineludible.

Una de las aportaciones más importantes de esta obra, no sólo para la historiografía americanista sino también para la española, es la dimensión imperial y mundial en la que se estudia a Nueva España. Con demasiada frecuencia, en la historia colonial cada territorio es estudiado de manera aislada y sólo en vinculación con la metrópoli, como si no hubieran existido múltiples relaciones entre las colonias españolas y entre éstas y otros imperios. Este libro demuestra de manera contundente la importancia de esas relaciones a nivel financiero y fiscal, abriendo las puertas para que en el futuro las otras colonias sean consideradas en contextos mundiales. Sin duda este libro es ya una referencia obligada para el estudio de la historia económica novohispana, pero lo deberá ser también para la historiografía española (que tampoco es raro que se escriba haciendo caso omiso de los territo-

rios ultramarinos) pues como lo demostró Marichal, para comprender cabalmente la evolución financiera y fiscal de España es imprescindible considerar los flujos de plata enviados por las colonias americanas, en particular por Nueva España, el bastión financiero del imperio. Pero pienso, incluso, que este estudio será también un modelo interesante para quienes se interesen en el estudio de la historia de los otros grandes Estados imperiales, como el francés y el británico, no sólo para establecer comparaciones, sino para entender el origen de buena cantidad de los flujos mundiales de plata que los sostuvieron.

Ahora bien, considero que la perspectiva que se obtiene a partir de la dimensión imperial no sólo puede contribuir a esclarecer los análisis de índole económica, sino que también podría iluminar muchos otros aspectos de los estudios coloniales. Desde luego a nivel político deberían emprenderse investigaciones sobre las relaciones, vínculos e influencias entre las propias colonias españolas, además de los mantenidos con España, estudiando, por ejemplo, el traslado de funcionarios de unas provincias a otras; pero también la dinámica imperial podría tenerse en cuenta en estudios sociales y culturales, por ejemplo, considerando asimismo el intercambio de personas y, con ellas, el traslado y adopción de ideas, de costumbres, etc. Y esta dimensión imperial, como lo ha demostrado Marichal con *La bancarrota del virreinato*, no debe ceñirse exclusivamente al imperio español, sino que debe emplearse siempre tomando en cuenta a sus cambiantes aliados y adversarios: Francia, Gran Bretaña, Holanda y desde luego también, a partir de las últimas décadas del siglo XVIII, Estados Unidos.

Otro acierto importante de Marichal es que, al mismo tiempo que va demostrando y asentando ciertos hechos, va indicando asuntos todavía no resueltos que están a la espera de ser investigados y da ciertas pistas para su estudio. Vale la pena retomar aquí algunos de esos temas. Por ejemplo, señala el interés que tendría emprender una investigación a fondo sobre la sociología fiscal en Nueva España, terreno en el que apunta la importancia de estudiar la economía a nivel cotidiano y no sólo a nivel macro, pues sólo así podrá entenderse el empobrecimiento que sufrieron la mayor parte de los novohispanos y el impacto que debió tener la creciente imposición fiscal. Otro de los grandes temas señalados por Marichal y que quizá en el futuro pueda abordarse es el de los costos económicos globales de la relación colonial; un enorme paso en este sentido lo ha dado Marichal con *La bancarrota del virreinato*, que ha puesto en claro los costos fiscales del colonialismo, pero incluso se podría llevar más allá la cuestión y proponerse que se intentará hacer un balance general del colonialismo, analizando no sólo los costos, sino también los beneficios económicos, políticos y sociales, lo que podría contribuir al conocimiento de esa etapa de la historia mexicana y, asunto pendiente, a su aceptación y asimilación como parte esencial de la formación de lo mexicano.

Un aspecto que debe destacarse también es la amplia y variada bibliografía utilizada en este libro, ya que incluye autores poco conocidos en la historiografía mexicana, como Stuart Bruchey y Marten G. Buist, así como autores clásicos al lado de las obras de jóvenes historiadores, varios de ellos discípulos del propio Carlos Marichal. En este sentido, no puedo dejar

de mencionar que un mérito extraordinario del profesor Marichal es el haber logrado formar a una generación, quizá pueda llegarse a hablar de una escuela, de historiadores económicos en México cuyos estudios, elaborados bajo su guía, él ha retomado en este libro. No soy ajena a este proceso, lo confieso, y por ello no puedo sino agradecerle a Carlos Marichal su extraordinaria generosidad académica y su entrañable amistad.

Matilde Souto Mantecón
INSTITUTO MORA

Mónica Toussaint Ribot, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vázquez Olivera, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana. 1821-1988*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2001.

El historiador “administra una suma de experiencias humanas y de posibilidades de la vida política y social, de la acción, del sufrimiento, de la conservación y de la transformación —el único campo en que el mortal común puede experimentar en medida mayor o menor con los Estados, con las sociedades, con los sistemas de Estados, con los espacios, etc.—, haciendo preguntas al pasado, probando y transformándolos; es decir, en parte enriquece y modifica la imagen del pasado, pero en parte también puede ayudar a cuadrar más la del presente”.

Christian Meier

El texto que nos ocupa es una apretada síntesis, a veces vertiginosa, de más de 160 años que estudia la política exterior mexicana hacia Centroamérica. El texto se